

Oso

Marian Engel

— Club de Lectura ULE · 10 / 17 de noviembre de 2016 —

«Todos queremos ser Robinson Crusoe, y quedarse en
Robinson a medias resulta casi insoportable»

M. E.

1. Atracción de los libros

He de reconocer que mi primera aproximación a *Oso* tuvo lugar por motivos no precisamente literarios. Antes fue el asombro, el puro pasmo que me produjo la contemplación de un ejemplar en el escaparate de una librería; una visión seguida de un chasquido que sólo oí yo: el latigazo del deseo, ay, castigando otra vez mi carne... Pensemos en los cuerpos errantes que surcan el orbe llevados por la pura inercia del impulso que los arrojó al vacío: astros sin destino que, al entrar en el campo magnético de otro cuerpo más grande y poderoso, desvían su trayectoria y empiezan a orbitar a su alrededor, alegres, encantados de haber puesto fin a un devenir sin objeto ni aliciente para convertirse en satélites fieles y encantados. Algo parecido me pasa a mí cuando camino por la ciudad y advierto la fuerza de atracción de una librería: inevitablemente, por mucha prisa que lleve, mi paso se altera, mi itinerario se desvía, cambio de acera o rodeo lo que haya que rodear, y finalmente me estrello contra el escaparate. Así ocurrió aquel día feliz: anochecía, hacía frío, yo iba a no sé dónde y me sentí atraído... Me desvié, me estampé sin remedio (sí, igual que un mosquito contra el parabrisas); miré y allí estaba el imán, el pequeño núcleo del que irradiaba tan poderoso magnetismo. Se llamaba *Oso* y ya no me separo de él.

2. Elogio de las cosas bien hechas

Reconozco también que hay ediciones que resultan irresistibles con independencia de cuáles sean el título, el autor, incluso el contenido. Es el formato, el diseño, los materiales y, en suma, el puro *cuerpo* del libro lo que funciona como imán de mi corazón metálico. Y es, reconozcámoslo ya, el caso de todo el catálogo de Impedimenta, cuyos acabados parecen haber sido expresamente pensados para enfermos incurables de fetichismo. Pero no... Todos sabemos que no es una mera cuestión de apariencias. Casos como este nos reafirman en la opinión de que los editores que más miman sus

libros son también los que más los aman y los que, lógicamente, ofrecen catálogos más interesantes. Lógico, claro que sí. *Oso* me atrajo por su aspecto delicado, sensual, diferente; por su título más que perfecto; por el alucinante dibujo de Gabriella Barouch que ilustra su sobrecubierta. Porque era un libro impecable y bellissimo, otro más, de Impedimenta. Habría merecido la pena aunque la lectura, después, me hubiese decepcionado... Y no fue el caso, claro. No quiero con esto hacerle una publicidad innecesaria y gratuita el editor. Lo que sí quiero es rendir homenaje a este y a otros muchos (bueno, no tantos) editores que aman su oficio y lo demuestran como se demuestra el movimiento: con obras que son, sí señor, amores. Esa es la mejor defensa que se puede hacer del libro en un tiempo en el que le vemos zozobrar peligrosamente: desempeñar con rigor y buen gusto el oficio de editar libros.

3. Escritores cruzando el desierto (de nuestra ignorancia)

Dicho esto, centrémonos: qué es *Oso* y quién esa tal Engel, Marian. Hasta hace bien poco, yo mismo no hubiera sabido responder y aún hoy no es gran cosa lo que puedo decir. O a lo mejor es que no quiero. Mucho más me pide el cuerpo compartir —o contagiar, mejor— los placeres que a mí me han brindado esta historia y la voz que la cuenta, así como las emocionadas reflexiones que en mí ha suscitado. Marian Engel pertenece, creo, a una de las muchas y muy grandes zonas del planeta de cuya literatura (de cuyo arte en general) el hombre culto europeo se desentiende olímpicamente. El hombre culto europeo puede y debe tener nociones de literatura inglesa, francesa, alemana... Ha de saber algo también de literatura española y latinoamericana, y puede hacer incluso el esfuerzo o la concesión de aproximarse a la joven literatura estadounidense, esa adolescente vigorosa y despierta. Pero ya, o poco más. Más allá sólo llegan los raritos y los que tienen mucho tiempo que perder. Al hombre culto europeo no le sobra el tiempo y no le podemos pedir que también tenga nociones de literatura congoleña, vietnamita, tunecina, filipina... Todo tiene un límite, incluidos nuestra curiosidad y nuestro afán de conocimiento, y es mucho más cómodo, claro, echar al olvido la parte sumergida del iceberg. Podemos incluso creer o dar por supuesto que más allá de nuestro corralito occidental no se escribe ni se escribió nunca, que al otro lado de la borrosa pared que perciben nuestros ojos miopes sólo hay oscuridad y rechinar de dientes. Marian Engel es, efectivamente, canadiense. Canadá, un gran país, un país verdaderamente inmenso. 36 millones de habitantes (no muchos menos que nosotros) que se reparten casi diez millones de kilómetros cuadrados. Una extensión inconcebible, sí. He echado cuentas y me sale que en Canadá cabrían unas veinte españas. Enorme, sin duda, pero aún más grande es el cajón de nuestros olvidos, de nuestro desinterés, al que hemos arrojado esta y otras muchas canadás. Engel publicó su *Oso* en 1976. A España llegó en el reciente 2015. Estos casi cuarenta años constituyen

todo un símbolo, representan la larga travesía que han de recorrer muchos libros para surcar el desierto de nuestros mil y un olvidos, hasta llegar a la orilla de nuestra fatigada curiosidad. Y no, no es el único libro que escribió esta mujer, ni mucho menos. Sólo es el único que se ha traducido a nuestro idioma. En fin.

4. Marian Engel, un ángel de la guarda vela por nosotros

De Marian Engel también sabemos por la edición de *Impedimenta* en qué año y con quién se caso, cuántos hijos tuvo y cuánto duró su matrimonio. Datos importantes, fundamentales al parecer, al menos para el editor español, que aporta asimismo al perfil de la autora otros datos acaso menores como los reconocimientos que cosechó o como su condición de «apasionada defensora de los derechos de los escritores en todo el mundo». Subrayémoslo: en todo el mundo, cosa que sin duda le agradecerán los escritores congoleños, vietnamitas, tunecinos, filipinos y yo mismo, ya lo creo.

Marian Engel nació en 1933 y murió en 1985: cincuenta y dos años, muy poco. Demasiado poco, poquísimo para un o una novelista, que a esa edad está en la cima de su poderío. Cuando apareció *Oso*, por cierto, tenía 43 años, que son (divinas casualidades) exactamente los mismos que tenía yo cuando me estrellé contra aquel escaparate. Antes, en 1968, había publicado otra novela, su debut: *No Clouds of Glory*, a la que aún le queda desierto que cruzar para llegar hasta nosotros, como le queda a la decena de títulos que completan su bibliografía.

Añadamos que Engel realizó estudios lingüísticos y se especializó en literatura canadiense (¡qué extravagancia, pudiendo especializarse en literatura inglesa, o francesa, o incluso española!), dato este que a mí me mueve a ver en Lou, bibliotecaria rigurosa y ángel renacido, un alter ego de su creadora, un cuidado y honesto autorretrato. Y quién es Lou, bibliotecaria y mujer muerta que vuelve a la vida, esa criatura de piel blanca que protagoniza y vertebra este relato... Quién es y, sobre todo, qué quiere, qué busca, qué necesita...

5. Voladoras y restauraciones, S. A.

Los que hemos cruzado la explosiva frontera de los 40, una zona de intensa actividad volcánica en la trayectoria de una vida, sabemos que este es un momento especialmente dado a las voladuras y desintegraciones: uno venía caminando tan tranquilo, a lo suyo, y de pronto salta por los aires, viéndose tras la pirueta reducido a añicos, hecho puro polvo. Quiero decir que en esta frontera (año arriba, año abajo) ya no se aceptan demoras ni excusas y se le impone a uno el deber de la recapitulación y el balance, y así se enfrenta al crudo y magro saldo resultante, implacable nómina de objetivos y tareas pendientes u olvidadas; incluso puede uno verse en la terrorífica tesitura de

tener que admitir que lleva muchos años avanzando por el camino equivocado. Una amena parada, los cuarenta, ya te digo...

No parece casual ni anecdótico que fuera en esa frontera, o en esa encrucijada, cuando Marian Engel concibió esta obra reveladora, un relato que en última instancia da cuenta de una crisis (esto es, de un cambio) que es más bien LA crisis, es decir, el gran cambio, el cambio drástico, profundo, estructural, que cabe operar en una vida que se quiera auténtica, honesta y realizada.

Cuando comienza *Oso*, nos encontramos a Lou, inolvidable bibliotecaria, convertida en un ser mustio y gris, una criatura pálida y cenicienta a cuyo agujero no llega la luz del sol; una mujer entregada a una vida discreta y dócil, sin alicientes, sometida al paso allanador de la rutina y a la autoridad fría y masculina, resignada a un devenir que sólo será más de lo mismo. Cuando nos despedamos de ella, Lou se habrá convertido en... Un momento, me he prometido pasar por este trance sin revelar el argumento del relato y sin alterar el delicado mecanismo que tan graciosamente provoca el asombro y el deslumbramiento; sin provocar, en fin, ningún destrozo o como mucho sólo destrozos pequeñitos que me podáis perdonar. Así que no diré en qué se habrá convertido Lou cuando nos despedamos de ella y mucho menos cuál habrá sido el instrumento del cambio, el móvil de su transformación. El *baño*, mmm, purificador.

Lo que me importa, además, es subrayar que Lou estaba muerta y enterrada y decide apartar la losa y revivir, renacer a una vida plena, intensa, a un tiempo gozosa y doliente, o ardiente, en la que recobra su merecida presencia y sus derechos naturales ese gran olvidado, ese gran maltratado y ninguneado que es, atención, el C U E R P O. Renacer, revivir... Qué fácil es decirlo.

En mi lectura, *Oso* es el relato a la vez realista y metafórico, naturalista en más de un sentido y a la par simbólico, de una liberación mental y física, integral, que pasa por reconocer, primero, nuestra condición de muertos en vida, y segundo, por reunir el valor y las fuerzas para alzarse, es decir, para sublevarse y reclamar lo que es propio, lo que nunca debieron quitarnos, que es nuestro pleno derecho a la realización personal. Sin amos, sin cadenas.

Pues bien, si es cierto (y claro que lo es) que la sublevación es un derecho natural, universal, de todo individuo o pueblo oprimido, a la vista del mundo que nos rodea, no cabe duda de que esta es una necesidad aún más acuciante en el caso de la mujer, a la que bárbara y descaradamente se le han hurtado todos sus derechos y libertades (y en particular el derecho a disponer de su cuerpo libremente) durante toda nuestra muy siniestra y patriarcal historia.

6. La liberación (sexual) femenina, ¿mande...?

Pensamos que la liberación de la mujer pasa necesaria y gozosamente por el reencuentro con el propio cuerpo, que durante siglos ha sido hurtado, oprimido y utilizado, maltratado, condenado,

ninguneado, explotado y todo lo demás por la cultura patriarcal, de la que también forman parte, ojito, la literatura y nuestros queridos libros. Se impone la necesidad de recuperar el cuerpo robado, la sexualidad secuestrada, violentada una y otra vez por el macho de turno, es decir, por la cultura macho, por la sociedad macho dominante. Es preciso recobrar el cuerpo, sensible, inexplorada y poderosa vía de autoconocimiento y liberación, y ya puestos debemos recuperar el resto de nuestra naturaleza (también perdida); regresar a ella, reinstalarnos en ella, en un cuerpo y un medio natural que son propios, que nos son consustanciales y que nos han quitado (o a lo que hemos renunciado) para resignarnos a vivir en sótanos, para vivir vidas vicarias a través de máquinas.

Así lo corrobora *Oso*. *Oso* es la historia del renacimiento y liberación de una mujer, de la reconquista de un país que es la propia vida, nuestra fuerza y nuestro tiempo irrecuperables, de lo que nunca se nos debió privar en aras de cuestionables intereses de grupo o comunidad.

7. El fuego, el vértigo, la autodestrucción

Este proceso incluye etapas tristes y gozosas, momentos de dicha y amargas depresiones; hay explosiones y hundimientos, y tanto unas como otros, en su inercia centrífuga, pueden dar al traste con el propósito final y devolvernos a la casilla de salida. Quizá la última etapa de esta resurrección, o la más peligrosa, sea ese impulso que nos eleva al clímax del gozo de sentirse libre, suelta, «descontrolada»; la elevación al punto álgido de la ola, un movimiento de ascenso que en su cumbre produce un vértigo cegador. A ese punto llega Lou, y en ese punto, creo, son muchas las posibilidades de que todo se reduzca a un ejercicio de autodestrucción, esto es, a cenizas. En el pleno éxtasis del regreso a la libertad, en esa inercia del impulso que nos eleva, queda un ángulo ciego, quizá un resorte atávico que podría llevarnos a la autoinmolación, a una autodestrucción entendida (mejor: sentida) como culminación lógica e idónea de ese movimiento de expansión y retorno, valga la paradoja, que nos hace libres y dueños de nosotros mismos, de nosotras mismas. ¿Contradicción o pura lógica? Bajo esta peligrosa aproximación al fuego que nos abrasaría, podría latir un crítico presentimiento, el de estar llegando al límite tras el cual ya no hay vuelta atrás, es decir, ya no hay acomodo posible en el entramado que a un tiempo nos sostenía y asfixiaba.

El instituto histórico para el que trabaja Lou precisa el saber y las funciones de una bibliotecaria eficiente como es ella. Y sin embargo, ¿alguien puede imaginar a Lou, después de su paseo por las praderas de la libertad, de vuelta al oscuro sótano donde la encontramos al principio del relato? Para Lou no hay vuelta atrás, ha ido demasiado lejos. Ha dejado de ser una perseguidora de vidas ajenas, para convertirse en la creadora de su propia vida. Y con todo, nos parece que el paso determinante que ha dado es sólo el primero de muchos; el más difícil de dar, quizá, y acaso también el más peligroso, pues en el vértigo de la sublevación, esa explosiva ceguera, podría acabar

destruyéndose a sí misma. Pero queda todo el resto del trayecto por hacer, pues ni la liberación personal ni la de las comunidades son conquistas puntuales y definitivas. La libertad se ha de conservar y mejorar, se ha de reconquistar cada día frente a todo un sinfín de enemigos visibles e invisibles que la asedian, entre los cuales no es el menos poderoso nuestro propio miedo, nuestra debilidad.

8. Oportunidades de cambio VS El miedo a perder lo que se tiene (enésimo asalto)

Ser libre es una necesidad y un derecho, pero es también un reto y supone un esfuerzo sostenido, constante, además de la renuncia a toda una estructura de apoyos, comodidades y rutinas que son cebo y anestesia del individuo sojuzgado, sometido.

En última instancia, qué busca Lou, qué anhela, qué persigue; detrás de qué corre con tanto afán. Nos parece que lo que Lou desea con tanto ardor no es *algo*, no es *un* objetivo. Lo que anhela, lo que constituye el negativo exacto de su vacío es, simplemente, T O D O. Lou persigue la plenitud, la integral realización de su ser en libertad; el despliegue formidable de todo su deseo, su pensamiento, su sensibilidad y su magnética presencia física, muy física. Lou sale, sube, se asoma a la ventana desde la que puede admirar todo este panorama, y quiere lanzarse, claro, quiere saltar. Por desgracia, y como podemos imaginar, eso que tanto y tan ardientemente precisa Lou es justo lo único que no le puede conceder la sociedad, perdón por el tópico. La sociedad... esa costra untuosa, esa capa adhesiva que segregan los individuos y que los mantiene unidos y bajo control, unidos y enredados. La sociedad, o sea, nosotros, no está dispuesta a permitir que Lou consiga su propósito. «La plenitud...». «La libertad...». «La integral realización de su ser...». Bla, bla, bla. Cómo vamos a permitirlo, qué sería esto si lo permitiéramos, si los individuos fuesen libres para realizarse plenamente. El caos, la anarquía, la disolución... A los individuos no se les puede permitir que sean libres, que materialicen su natural deseo de realización. Y si alguno persiste, si alguno se pone terco, bueno, quizá podamos tolerar contadas excepciones, pero tendrán su precio: el individuo que quiera su libertad tendrá que pagarla en monedas de soledad, de ostracismo, de maledicencia. Lo llamaremos loco y lo condenaremos a pena de olvido, lo estigmatizaremos y nos burlaremos de él, o de ella... Y ya veremos si se nos ocurre alguna cosa peor, seguro que sí. ¿Estará dispuesta Lou a pagar el precio de su independencia y su plena realización personal? Como ella misma dice, «en algún momento de la vida, todos tenemos que decidir si somos o no somos platónicos». ¿Lo es ella? ¿Lo somos nosotros?

A cada generación le toca su propia batalla. Muchas de las que nos preceden la tuvieron en forma de lucha contra un tirano. Nosotros vivimos en democracia, en un estado social y de derecho, y podemos elegir a nuestros gobernantes. Pero seguimos siendo siervos dóciles y complacientes,

súbditos del capitalismo elevado a forma de vida incuestionable; formar parte del engranaje del consumismo es una condición penosa, y mucho. Pero siendo lamentable nos dota de un sinfín de placeres y comodidades (la tele, el móvil, el centro comercial...) de los quizá no estaríamos dispuestos a privarnos. Son cadenas, sí, pero quizá cadenas a las que nos aferramos nosotros mismos.

ALBERTO R. TORICES